

LA EDUCACIÓN FAMILIAR DEL ADOLESCENTE: ¿SUPPLICIO O RETO?

Mar Cortina Selva

Psicopedagoga. IES Pedreguer (Alicante)

La adolescencia no es sólo aquello que la creencia social o el mito cultural nos dicta. Si preguntamos a los adultos «¿Qué es un adolescente?» las respuestas salen rápidas y estereotipadas: rebeldes, inconformistas, impulsivos, pasionales, cambiantes, gregarios, etc. Pero todos los adultos también tenemos algunas de esas características y, evidentemente, no todos los adolescentes las tienen todas. ¿Qué quiere decir esto? Que si vamos cargados de estereotipos, de prejuicios cuando tenemos delante a un adolescente o a un grupo de adolescentes, ese peso impide que la relación sea fresca, ligera y única porque la estamos condicionando antes de empezar. Es inevitable que la mirada con la que nos acercamos a alguien esté cargada de nuestras creencias, ideas y experiencias pero sí podemos darnos cuenta de que están ahí, actuando como filtro o como barrera. Si las sabemos ver, su influencia se hace más suave al haber sido descubiertas. Los adolescentes necesitan, al igual que los adultos, sentir que son únicos, genuinos, diferentes y, al mismo tiempo, que pertenecen a un grupo que los define y los contiene.

Un acercamiento al adolescente o adolescentes lo más desprejuizado y descondicionado posibles implica que somos conscientes de que tenemos enfrente -o al lado-, a una persona que está aprendiendo a ser, a vivir, en formación y transformación.

En diferentes épocas también ha habido una creencia social predominante sobre la juventud o la adolescencia, pondré dos ejemplos extraídos del comienzo de una conferencia que dio el médico inglés Ronald Gibson, sobre conflictos generacionales:

«Nuestra juventud gusta del lujo y es mal educada, no hace caso a las autoridades y no tiene el menor respeto por los de mayor edad. Nuestros hijos hoy son unos verdaderos tiranos». (Sócrates)

«Esta juventud está malograda hasta el fondo del corazón. Los jóvenes son malhechores y ociosos. Ellos jamás serán como la juventud de antes. La juventud de hoy no será capaz de mantener nuestra cultura». (Escrita

en un vaso de arcilla descubierto en las ruinas de Babilonia y con más de 4.000 años de existencia)

Es sano, evolutivamente hablando, que las siguientes generaciones cuestionen a las anteriores, así la especie humana va redefiniendo relaciones, valores y conceptos. En ese continuum de equilibrio-desequilibrio-reequilibrio es como avanzamos al caminar. Si pudiera leer el pensamiento de alguno de los lectores en este momento, quizás encontraría algo así: «Hay algunos valores como el respeto que son incuestionables», «No están cuestionando, simplemente no se esfuerzan por nada, lo tienen todo hecho», etc.

También podemos pensar que el respeto es incuestionable, pero algunos adolescentes irrespetuosos, ¿han tenido modelos respetuosos? ¿La primera vez que un adolescente le perdió el respeto a alguien, algún adulto le dijo lo que era el respeto y se lo ha recordado cada vez que era necesario (y digo cada vez)? ¿Es respetuoso dejarles solos muchas horas? ¿Es respetuoso darles lo que piden siempre e inmediatamente? ¿Es respetuoso no cumplir un castigo o una promesa? No, no lo es. Este tipo de situaciones les hace sentir poco valorados y queridos y, por tanto, poco respetados.

Los adolescentes heredan el mundo que los adultos vamos diseñando, ellos nos muestran las consecuencias de un modelo en funcionamiento, las positivas y las que no nos gustan tanto, ellos ponen en evidencia asuntos que preferimos ignorar. Por ejemplo, hemos apostado por la sociedad del bienestar, por *hacernos la vida más cómoda*. Poco a poco ese bienestar que en un principio era material, ha ido extendiéndose a otras áreas y se ha ido transformando en comodidad. Comodidad para actuar, para reflexionar, para amar. Y esto no lo teníamos previsto pero sí, como dicen algunos, nuestros adolescentes no se esfuerzan por nada, no conocen la palabra disciplina o la idea de esperar o aguantarse, quizá tenemos algo que ver con esto y formaba del *pahacernos la vida más cómoda*. Confucio decía: «Educa a tu hijo con un poquito de hambre y un poquito de frío».



Las personas que han desarrollado desde muy pequeños la capacidad de atravesar dificultades poseen un sistema inmunitario emocional mucho más fuerte, más creatividad, más humor y, en muchas ocasiones, más generosidad y solidaridad porque saben lo que es «no tener».

Esto tiene que ver con el concepto de *Resiliencia* (el término Resiliencia se refiere originalmente en ingeniería a la capacidad de un material para adquirir su forma inicial después de someterse a una presión que lo deforme. Al hablar de **Resiliencia humana** se afirma que **es la capacidad de un individuo o de un sistema social de vivir bien y desarrollarse positivamente, a pesar de las difíciles condiciones de vida y más aún, de salir fortalecidos y ser transformados por ellas**). Una serie de estudios conducidos por Werner (1982, 1989) y Garmezy (1993) han dado cuenta de cuatro factores que se observan comúnmente en los niños que, estando expuestos a situaciones adversas, se comportan en forma resiliente. El tercer aspecto, que señalan estos autores, se refiere a la ternura. Basta que ese niño o niña hayan una tenido una única experiencia de ternura (alguien se preocupó por él o por ella en algún momento) para que pueda rehacer su vida. Imagínense la importancia de este dato para darle

valor y conciencia a cada una de nuestras interacciones con los adolescentes.

Volvamos ahora a la idea de cuestionar el modelo adulto para poder evolucionar: estamos en un momento socio-histórico de desorientación axiológica, algunos valores se han quedado vacíos de contenido y es mucho más difícil cuestionar algo abstracto, indefinido, impredecible y desorientado que un modelo axiológico familiar educativo que permanece desde su infancia hasta su presente, cuyos límites están definidos y es coherente internamente; otra cosa es si el modelo es adecuado o no, pero ahora hablamos de la importancia de que exista un modelo consistente para poder ser rebatido y re-creado. La desorientación axiológica (falta de firmeza afectiva y coherencia) genera en los niños y adolescentes desamparo, el cual puede manifestarse de muy diferentes maneras según la personalidad de cada uno.

Mirarnos a nosotros mismos como un adolescente nos mira, escucharnos como nos escuchan ellos, se convierte en un requisito necesario, a la vez que desafiante si queremos poner un poco de luz a los vínculos que establecemos. Es, desde luego, una invitación a ser más conscientes de nuestras palabras y nuestros silencios, de nuestras amenazas y nuestras promesas, de nuestra presencia y nuestras ausencias, de nuestros miedos y nuestras certezas inamovibles, de nuestras comodidades y de nuestro amor por ellos.

Aunque a veces no lo parezca, nos escuchan y nos perciben. Saben cuándo nos interesan y cuándo no. Un adolescente puede tener un comportamiento muy diferente con un adulto y con otro y eso depende del vínculo afectivo que se establezca y de la autoridad moral que el adolescente le otorgue. ¿De qué depende que se la otorgue o no? De la impecabilidad, del amor y del respeto con el que le tratamos. *Impecabilidad* es la suma de coherencia y honestidad. *Amor* es, en este caso, generosidad, es decir, saber de las necesidades del otro, las que expresa y las que oculta, y ofrecerle nuestro tiempo y atención. Del *Respeto* ya hemos hablado antes, quizás añadir a la idea de respeto, la importancia de no insultar, no comparar y no menospreciar.

Pre-ocuparnos de ellos, ocuparnos de ellos, en los asuntos esenciales requiere **atención** y **perseverancia**. Educar es una tarea silenciosa y paciente. Educar es educarnos, aprender siempre. Las actitudes de nuestros hijos adolescentes no nacen repentinamente, son el fruto de un modelo educativo familiar desde el nacimiento. Aliñado, desde luego, con los componentes sociales correspondientes. Básicamente necesitamos dotar a nuestros hijos de una consistencia emocional suficiente que les permita elegir con criterio amistades y situaciones, que les permita atravesar dificultades, que les permita vivir y convivir desde el respeto. Y esa consistencia no se transmite desde la comodidad.